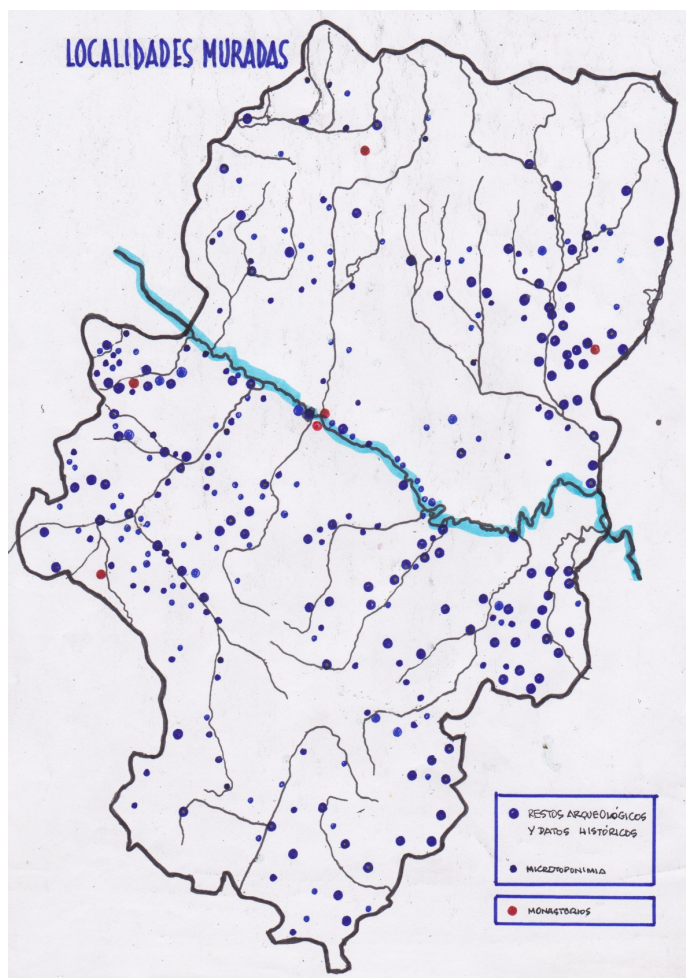


UNA MURALLA QUE DETIENE EL TIEMPO

Desde que la humanidad se hizo sedentaria –estamos hablando nada menos que del periodo Neolítico, entre 12.000 y 5.000 años a.C., aproximadamente– experimentó la necesidad de defender sus poblados levantando muros de tierra o piedra para defenderse de sus enemigos, abriendo puertas de acceso que estaban especialmente vigiladas. Aunque parece de ciencia ficción, en Aragón tenemos evidencias de ello en Azaila, Calaceite o Monleón, por ejemplo, murallas que fueron reutilizadas y naturalmente mejoradas por los romanos muchos siglos más tarde.

Para no alargar el relato, daremos un enorme salto en el tiempo y nos iremos a la Edad Media que es hija del mundo romano cuando éste se desintegró. Nuestros antepasados medievales no solo aprovecharon las murallas romanas –Zaragoza es un ejemplo– sino que construyeron otras nuevas, de manera que fueron muy pocas las poblaciones tanto musulmanas como cristianas que no se guarecieron con estas costosas construcciones.



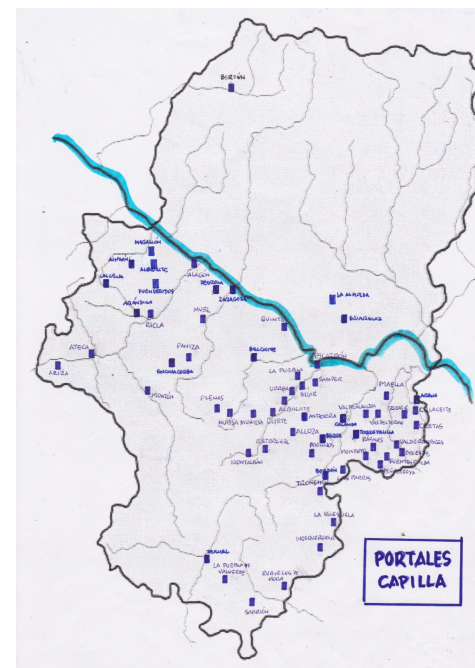


Algunos de esos muros –enteros unos, testimoniales otros– han llegado hasta nosotros y constituyen hoy uno de los bienes patrimoniales más valorados. Tenemos por suerte bonitos ejemplos enteros o casi enteros de poblaciones amuralladas: Albarracín, Daroca, Huesca, Loarre, Mirambel, Mosqueruela, Muro de Roda, Sisamón, Sos del Rey Católico, Teruel, Villarroya de la Sierra, Zaragoza, etc., pero también varios importantes monasterios las conservan, como la Cartuja de Aula Dei, Cartuja de Monegros, Santa Fe, Piedra o Veruela, entre otros. Pero son muchos más los casos en los que apenas queda absolutamente nada, apenas un recuerdo, de una infraestructura tan necesaria antaño.

Tras un ímprobo esfuerzo de investigación, intentamos hacer un inventario de las poblaciones muradas que hubo en Aragón y no es pobre el resultado pues se han totalizado trescientas diez y nueve, pero desde luego la relación es incompleta a todas luces. Para efectuar la búsqueda se ha acudido a fuentes de información variadas: por un lado, a lo más seguro, los restos arqueológicos (84), los arcos-capilla (57), datos históricos, ‘población murat’ de 1391 (19) y *Diccionario* de Madoz (48). Luego se acudió a la microtoponimia urbana: calles Extramuro/s (176), Coso (26), Muro/s (31), Entremuro (5), Muralla/s (7), Murillo/Morillo (7), Murada/as (2), Ronda (18), Cinto/Xinto (4) y Trasmuro (2). Teniendo en cuenta las repeticiones, hacen un total de 319.

Pero las murallas tuvieron más cometidos. Llegada la paz también sirvieron para hacer efectivo el control fiscal, policial y sanitario, o segregar a colectivos étnicos y religiosos: cristianos, mudéjares o judíos.

Cuando por razones diversas los distintos componentes políticos de la Península dejaron de pelearse y, sobre todo, en el siglo XVI a causa del aumento demográfico experimentado tras el descubrimiento de América, los muros defensores perdieron en buena parte su razón de ser, constituyendo las más de las veces un obstáculo para el necesario desarrollo urbano. Y comenzó el acoso y derribo de múltiples murallas abriendo calles nuevas en su lugar y de ahí los nombres ya citados de Muro, Entremuros, Coso, Cinto, etc. En otras ocasiones, las más, la muralla sirvió para apoyar las nuevas viviendas en ellas, con lo que siguen existiendo pero invisibles. En otras ocasiones se aligeraron las puertas antiguas haciéndolas mayores o, en el mejor de los casos, surgieron las ‘puertas-capilla’ de las que Aragón es rico, aunque esta solución no fue uniforme en el territorio concentrándose especialmente en la margen derecha del Ebro.



Existen bastantes ejemplos de murallas para ir a visitarlas (Muro de Roda, Loarre, Mosqueruela, Daroca, Calatayud, Sisamón, Albarracín, Sos del Rey Católico, etc.), pero nosotros vamos a viajar a un pueblo pequeñito en el que la muralla ha detenido el tiempo, tanto que fuera de su perímetro no hay casas: Mirambel. Está además en pleno Maestrazgo, lo que añade infinitas posibilidades para alargar con provecho el recorrido.

Mirambel, encerrado en su original recinto murado, llegó a la modernidad exhausto. Si en 1900 sobrepasaba en poco los ochocientos habitantes, en 1980 no llegaba a los doscientos y en 2018 sumaba solo 116. Afortunadamente los nuevos gustos ciudadanos –entre ellos el repentino amor al legado de nuestros mayores– han llegado a tiempo y Mirambel tiene futuro. En el ranking patrimonial aragonés, por el número de sus bienes, por su valor y por su estado de conservación, estimamos que ocupa aproximadamente un vigésimo séptimo lugar. Eso es mucho.



El hecho de que el cien por cien de sus abundantes bienes patrimoniales estén encerrados en su recinto murado y no exista –hasta ahora desafortunadamente y desde hoy una suerte– ningún guiño a la modernidad, debería ser el argumento principal para encabezar con ventaja la lista de las poblaciones más atractivas de Aragón, pero por desgracia han primado otros intereses que la relegan a puestos más alejados. Aquí todo es ‘casco antiguo’.

Las enteras murallas y sus portales son la estrella, no cabe duda, pero conserva ejemplos varios de su vivir diario: fuentes, lavadero, horno, molino, nevera, escuela; aparte de la iglesia con un órgano interesante, encontraremos un santuario (San Martín), ermitas (Virgen del Pilar, San Martín, San Roque), interesante convento de agustinas; ayuntamiento con lonja y cárcel incluidas. Aparte del torreón de las Monjas, existen ejemplos magníficos de casa señoriales con reloj de sol incluido: magníficas son las de los Aliaga, Castellot, Barceló, Pastor y Sota. En las cercanías, podremos ver como era una masía, pues hay varias como las de Gorreta y Torre Santa Ana.

Como además tenía un hospital y la ayuda segura de los caballeros hospitalarios, por aquí, siguiendo la antigua calzada romana, entró durante siglos un camino de peregrinos al que hemos denominado del Maestrazgo, que servía para unir el Mediterráneo de la zona castellanense con el camino de Jaime I en Calamocha, lo que quiere decir que se podía llegar a cualquier santuario deseado. Que el camino se mantenía en condiciones desde el siglo XIV nos lo indican los puentes de Ronda y Vallés que podemos ver. Por eso hemos encontrado peregrinos vivos con nombre y apellido y por eso mismo los mirambelanos incluyeron en el elenco de personajes de su dance a un peregrino.

Con todo lo dicho hasta aquí nada tiene de extraño que un escritor de fama reconocida ya entonces como era Pío Baroja, en 1930 hiciera de Mirambel el escenario exclusivo de una de sus novelas, *La venta de Mirambel*, en la que describe con todo detalle la vida en esta villa ‘dormida’.

Para finalizar no me resisto a transcribir palabras del propio Baroja: *“Mirambel tiene unas ciento cincuentas a doscientas casas de dos pisos y algunas de tres, casi todas de piedra. Al pueblo le ciñe un muro con cinco portales y otros tantos torreones redondos, coronados por tejadillos cónicos aplanados.*

A la salida del pueblo, de aire caballeresco, medieval, a la orilla del camino hay una cruz de término, desgastada por las inclemencias del tiempo. Al entrar en Mirambel por el lado de Morella se pasa por debajo de un arco. Este arco se abre a poca distancia de una de las atalayas redondas, incrustadas en la muralla con su tejado cónico aplastado y sus matacanes.

Frente a la cruz del camino la muralla presenta una arista y sobre ella se levanta el torreón, lo que le da un poco el aire de la proa de un barco que penetrara en la tierra.



Entrando por la puerta se sale a la calle mayor, la calle principal, bastante ancha y casi siempre desierta. Esta calle, empedrada de cantos empotrados en el suelo, tiene una especie de acera también de cantos limitada por una línea de piedras blancas.

A mano derecha del portal e inmediata a él se levanta una pared encalada con unas ventanas pequeñas, otras grandes con celosías negras y miradores salientes, cerrados, con su tejadillo. Es el convento de las Agustinas Descalzas.

Mirambel tiene pocas calles, unas con el suelo de tierra, otras empedradas con cantos agudos; la calle Mayor atraviesa toda la villa. A pesar de ser la principal es triste, pobre, llena de soledad y de silencio. Pasa, muy de tarde en tarde, algún hombre con su caballería o algún carromato; se oye al herrero que da martillazos en su yunque, al albéitar que saca a herrar a los caballos y a los mulos a una esquina o algunos chiquillos que juegan. Las mujeres, sentadas en los portales o delante de las casas, hilan, hacen calceta o charlan”.

En Mirambel, su sencilla y completa muralla ha detenido el tiempo, un fenómeno inusual que merece un viaje para experimentarlo.